

SAMIRA AHMED



FANDOM BOOKS

Título original: *Internment*

1.ª edición: octubre de 2019

© Del texto: Samira Ahmed, 2019

Publicado por acuerdo con Little, Brown and Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

© De la cubierta: Hachette Book Group, Inc., 2019

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2019

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2019

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

Diseño de cubierta: Karina Granda

Ilustración de cubierta: Dana Ledl

ISBN: 978-84-18027-02-4

Depósito legal: M-25185-2019

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

SAMIRA AHMED

INTERNAMIENTO

Traducción de Jaime Valero

FANDOM BOOKS

*Para Thomas, Lena y Noah.
Mis ojitos derechos, mi razón de ser.*

*Y para todos aquellos que luchan por la libertad
y la justicia, de modo que esta nación,
creada por y para el pueblo, no desaparezca
de la faz de la Tierra.*

*Aunque ahogues mi voz, hablo.
Aunque me enjaules y me cortes las alas, vuelo.
Y aunque me golpees con saña,
y me ordenes que me arrodille ante ti,
resisto.*

ALI AMIN



CAPÍTULO 1

Aguzo el oído para intentar detectar unas pisadas sobre el pavimento. Fuertes. Marciales.

Pero no se oye nada. Solo el canto familiar de los grillos, el zumbido ocasional de algún coche a lo lejos y un susurro tan débil que no sé si se trata del viento o de mi respiración acelerada. Pero el entorno se mantiene igual que siempre: el césped primorosamente recortado de Center Square, las lucecitas parpadeantes de las guirnaldas del cenador, los haces amarillentos de los faroles del porche en cada puerta.

A lo lejos, veo una columna de humo que se eleva por el cielo.

Casi todo el mundo está en la quema de libros, así que no debería correr peligro.

Al menos, no demasiado.

Ya no mido el tiempo basándome en el viejo calendario, ya no miro la fecha. Solo existen el «antes» y el «ahora». Solo existe lo que fuimos antaño y aquello en lo que nos hemos convertido.

Han pasado dos años y medio desde las elecciones.

Dos años desde que los nazis marcharon sobre la ciudad de Washington.

Dieciocho meses desde que se impuso el veto a los musulmanes.

Un año desde que las respuestas que dimos en el censo nos hicieron recaer en el registro.

Nueve meses desde la primera quema de libros.

Seis meses desde que se promulgaron las Leyes de Exclusión.

Cinco meses desde que el fiscal general alegó que el caso Korematsu contra Estados Unidos sentaba precedente para la reubicación de ciudadanos en tiempos de guerra.

Tres meses desde que empezaron a despedir a los musulmanes de los empleos del sector público.

Dos meses desde que un virulento islamófobo fue investido como secretario de guerra, un puesto ministerial que no existía desde la Segunda Guerra Mundial.

Un mes desde que el presidente de los Estados Unidos ofreció un discurso televisado ante el Congreso donde afirmaba que los musulmanes «suponen una amenaza para el país».

Yo pensaba que nuestra pequeña ciudad, universitaria y liberal, lucharía durante más tiempo, resistiría. Algunos lo hicieron. Pero te sorprendería saber lo rápido que el personal militar armado y el espray de pimienta son capaces de acallar las bien-intencionadas protestas de los progresistas en ciudades pequeñas y arboladas. Aún se siguen produciendo esas protestas, que han derivado en disturbios, aunque los medios generalistas no hablan de ello. La resistencia está viva, dicen algunos, pero en mi ciudad no, y menos en las noticias de la noche.

El toque de queda comienza en treinta minutos y estoy asumiendo un riesgo absurdo. A mis padres les dará un ataque si descubren que no estoy leyendo en mi habitación. Pero necesito ver a David.

Me obligo a caminar con calma, mirando al frente, como si no tuviera nada que esconder, pese a que cada músculo de

mi cuerpo me incita a echar a correr, a darme la vuelta. Técnicamente, no estoy haciendo nada malo, aún no, pero si me para la policía... En fin, digamos que tienen una habilidad excepcional para anular los tecnicismos.

Respira.

Reduce el paso.

Si corro de una sombra a otra, llamaré la atención, sobre todo la de las nuevas cámaras de vigilancia con sensor de movimiento que están instaladas en las farolas. El toque de queda aún no ha comenzado, así que puedo estar en la calle, pero ya ha oscurecido. Incluso aquí, donde casi todo el mundo nos conoce a mis padres y a mí (o puede que precisamente por eso), mi corazón se acelera cada vez que salgo de casa. Voy a cruzar por el semáforo, espero a que se ponga en verde, incluso aunque no pasan coches.

Me fijo en un cartel, que está pegado al poste de una farola en una esquina, donde se anuncia la quema: ÚNETE A TUS VECINOS. Las palabras están impresas sobre una cascada de libros prohibidos, peligrosos. Se me forma un nudo en el estómago, pero sigo caminando sin dejar de mirar el letrero, hasta que me choco de bruces con una mujer que venía corriendo en dirección contraria. Tropicieza y se le cae el bolso. Una serie de libros y folletos se desparraman por el suelo. Me agacho para ayudarla a recoger sus cosas.

—Lo siento, iba distraída.

Intento ser educada, respetuosa. Mantén la calma, me digo. Aún no se ha activado el toque de queda. No actúes como si fueras culpable. No eres culpable de nada. Aunque hoy en día eres culpable hasta que se demuestre lo contrario.

La mujer mantiene la cabeza girada hacia otro lado, se niega a mirarme, mientras vuelve a meter los libros y los papeles en su bolso a toda prisa. Alargo la mano hacia dos libros y

leo los títulos antes de que la mujer me los quite de entre los dedos. *Entre dos palacios*, de Naguib Mahfuz. *Santos anónimos*, de Ali Amin... Mi padre.

Durante una fracción de segundo, la mujer me mira a los ojos. Se me entrecorta el aliento.

—Señora Brown, lo... lo siento... —Se me quiebra la voz.

La señora Brown es la dueña de la pastelería que hay en Jefferson Street. Fue ella quien preparó la mejor tarta que he probado en mi vida, una representación de Campanilla con glaseado verde por mi quinto cumpleaños.

Me mira con los ojos entornados, abre la boca para decir algo, pero después la cierra. Agacha la cabeza y pasa de largo junto a mí. Ni siquiera pronuncia mi nombre. El folleto que llevaba sobre la quema de libros se aleja revoloteando, movido por la brisa. Me estremezco. Desde hace tiempo tengo miedo a todas horas. Miedo a que me denuncien unos desconocidos o mis propios vecinos, miedo a que me pare la policía y me haga preguntas para las que no existe respuesta.

Acelero el paso para cruzar la plaza principal, con la vista al frente, evitando que el miedo se refleje en mi rostro, conteniendo las lágrimas que se asoman a las comisuras de mis ojos. No soporto ver el reluciente edificio de cristal de la administración de la universidad, un compendio de líneas rectas y cantos afilados como cuchillas de afeitar. La madre de David da clases de Química en la universidad. Mi padre enseña Poesía y Escritura Creativa. Enseñaba, mejor dicho. Hasta que lo despidieron, cuando decidieron de buenas a primeras que no estaba cualificado para la cátedra que ostentaba desde hacía más de una década. Eso es otro «antes»: dos meses desde que mi padre perdió su empleo.

Sigo pensando en la señora Brown. Ella me conoce. Me ha visto. En unos minutos estaré infringiendo el toque de

queda. Es obvio que no me dirijo a la quema; debería estar en casa. El nudo que tengo en el estómago se tensa todavía más.

Recuerdo una lección en mi clase de Psicología sobre un experimento en el que a los voluntarios se les pedía que torturasen a las personas que estaban en otra habitación, pulsando un botón que supuestamente provocaba una descarga eléctrica. En realidad no era así, pero los voluntarios no lo sabían. Solamente escuchaban los gritos. Algunos se resistían al principio. Pero la mayoría terminaba por apretar el botón, incluso cuando los gritos se volvían más estridentes.

David me está esperando en la caseta de la piscina del patio de sus vecinos. Están de vacaciones en Hawái. ¡De vacaciones! No puedo ni imaginarme lo que sería poderirme de viaje ahora mismo y no preocuparme por que me pare la TSA para un registro exhaustivo que pueda conducirme a terminar esposada a una pared durante horas. O algo peor.

David también está asumiendo un riesgo, aunque los dos sabemos que en su caso no es lo mismo. Puede que tenga la piel morena, casi más que yo, y puede que sea judío, pero en estos momentos es mi religión la que está en el punto de mira. Nos expulsaron de la escuela dos días por besarnos en el pasillo, en público, a la vista de todos. No estábamos infringiendo ninguna ley. Técnicamente, no. Pero supongo que el director no quería dar la impresión de estar alentando relaciones entre «nosotros» y «ellos». Por lo visto, las muestras públicas de afecto atentan contra las normas del instituto, pero nunca he oído hablar de nadie que fuera expulsado por ello. Y lo que es peor: aunque a David también lo expulsaron, solo nos convocaron a mis padres y a mí para recibir un sermón acerca de que debería saber cuál es mi lugar en la escuela, agachar la cabeza y sentirme agradecida por el privilegio que supone dar clase allí. Me quedé de piedra. Mi padre asintió con la cabeza,

se lo tomó con filosofía. Mi madre también, aunque no paró de fruncir el ceño en todo el rato que estuvimos en el despacho. Entonces, cuando abrí la boca para decir algo, mi madre me miró y negó con la cabeza. Como si tuviera que dar gracias por poder ir a la escuela pública a la que llevaba asistiendo toda la vida, en la ciudad donde resido desde siempre.

¿Por qué estaban tan callados? Sobre todo mi madre. Ella es de las que casi nunca se callan.

Dejé la escuela aquella tarde, y mis padres estaban demasiado asustados como para permitirme volver.

La puerta de la caseta está entreabierta. Me detengo un segundo a tomar aliento antes de entrar.

—Layla —susurra David, mientras me roza la mejilla con los dedos. Tiene los ojos de color azul grisáceo, como su padre, y la piel acaramelada de su madre. También tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

Una única vela reluce en mitad de la mesita de centro. Ha echado las cortinas en la reducida estancia; hay un sofá blanco cubierto de cojines de color azul marino, algunos de ellos con anclas bordadas; un par de butacas con un relleno excesivo; montones de caracolas viejas de color rosa y marfil metidas en tarros; y, en la pared, un póster enmarcado donde se lee la frase VIDA DE PLAYA sobre un fondo de arena blanca, con un cielo cerúleo y el mar.

Estamos solos. Imagino que así es como sería hace décadas, antes de que la gélida luz de los ordenadores, las tabletas y los móviles eliminara para siempre el sosiego de la oscuridad de nuestras vidas. Sin decir una palabra, corro a abrazar a David y le beso. Hago como si el mundo que se extiende al otro lado de las cortinas no existiera. Ahora mismo, sus abrazos son lo único que me parece real. Es el único lugar donde puedo fingir, por un momento, que seguimos viviendo en el «an-

tes», donde las cosas son como han sido siempre. Finjo que David y yo estamos haciendo planes para el verano, que jugaremos al tenis algunas mañanas, que iremos al cine. Finjo que me graduaré dentro de unos meses e iré a la universidad, igual que mis amigos. Finjo que David y yo nos intercambiaremos las sudaderas de nuestras universidades. Y, por encima de todo, finjo que esta hora mágica es el comienzo de algo, no el final.

Nos sentamos en el sofá. Mientras nos besamos, David desliza las yemas de los dedos sobre mi clavícula. Un roce levísimo que me hace estremecer. Deslizo el rostro sobre su cuello. David siempre huele a una cosquilleante combinación entre el detergente floral que compra su madre y el jabón mentolado que utiliza él. Sé que su madre le sigue haciendo la colada. Le mimma como si fuera un niño pequeño. Le chincho con eso, le digo que en la universidad toda su ropa blanca se desteñirá de rosa porque no se acordará de separar la colada por colores. Suspiro. Deslizo la mejilla sobre la suya, siento el roce de una barba incipiente en algunos tramos. Nos abrazamos. No nos separamos ni un segundo.

Sería un momento perfecto para congelar el tiempo y convertir la escena en un pequeño diorama donde pudiera vivir durante toda la eternidad. Pero no puedo hacer eso. Apoyo la barbilla sobre el pecho de David y digo:

—Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre. ¿Existe algún portal mágico que nos transporte a otra dimensión? ¿Un Señor del Tiempo, tal vez?

—Tendría que haber robado la TARDIS cuando tuve la oportunidad.

Mi padre nos dio la lata para que viéramos *Doctor Who*, empezando por los viejos episodios, y nos enganamos. Desde entonces hemos hecho maratones de la serie de vez en cuando. Pese a que la calidad de la producción es un

tanto ridícula en ocasiones, los monstruos pueden llegar a resultar aterradores. Es una de las muchas cosas que compartimos.

Sonríó ligeramente. David siempre me ha hecho reír, pero ahora el humor duele como una puñalada. Añoro hablar por hablar. Añoro las risas que no me hacen sentir culpable. Añoro esas risas que son fruto de una alegría pura.

Cuando estoy con David todo resulta espontáneo, como esa media sonrisa alegre que está esbozando ahora. Como esos momentos que podemos compartir en silencio sin sentirnos incómodos. Como nuestra capacidad para estar juntos sin más. Nos conocemos desde primaria, pero no fue hasta el año pasado, durante la hoguera que encendimos para celebrar el inicio de curso, cuando nos dimos nuestro primer beso. David se sentó a mi lado y me cogió de la mano, entrelazando nuestros dedos. Me sentí como si acabara de despertarme para contemplar un amanecer perfecto. A nuestro alrededor, todos estaban bebiendo y canturreando en plan de coña el himno del colegio, enrollándose, pero nosotros nos limitamos a estar allí sentados, cogidos de la mano. Y mientras la multitud empezaba a dispersarse entre las sombras de las ascuas agonizantes, me di la vuelta para mirar a David. Y cuando le limpié de la frente una mancha blancuzca de ceniza, él se acercó mi mano a los labios y me besó las yemas de los dedos. Yo me acerqué y le besé, con el corazón palpitando en cada célula de mi cuerpo.

Cuando pienso ahora en ello, creo que me sentí atraída hacia David porque, al igual que yo, era diferente. La familia de su padre es de origen asquenazí, y por parte de su madre son refugiados judíos de Yemen. Puede que las leyes y las fronteras estuvieran pensadas para mantenernos separados, pero David y yo construimos un espacio seguro, un nido donde nuestras diferencias nos unieron.

Le miro a los ojos y le aprieto la mano. Los dos sabemos que tengo que irme, que esta velada no puede alargarse mucho más. Sin mediar palabra, nos levantamos del sofá. Me subo la cremallera de la sudadera. David me abraza por la cintura y me cubre el rostro de besos. Mi corazón retumba en mis oídos. Podría permanecer así para siempre, dejar que el tiempo se desvaneciera hasta que pudiéramos despertar y descubrir que esta locura ya ha terminado.

—Ojalá tuviéramos más tiempo —dice David.

Sé que se refiere a que le gustaría poder pasar más tiempo juntos esta noche. Pero no puedo evitar pensar que sus palabras significan algo más. El tiempo ha cobrado un nuevo sentido. Se ha convertido en un estado de ánimo. En uno que suele ser agorero.

—«El mundo nos abrumba, ahora y siempre» —digo, antes de besarle en la mejilla.

David frunce el ceño, un tanto desconcertado.

—Es de un poema viejísimo de Wordsworth que me hizo leer mi padre. Habla de cómo el consumismo nos está matando y de que no nos queda tiempo para lo que de verdad importa, pero yo a veces lo interpreto como que el mundo está fuera de onda...

Nuestros móviles suenan al mismo tiempo. Reviso la pantalla y aparece una notificación de emergencia:

Un pueblo, una nación. Estate atento a las 21:00 h al discurso sobre seguridad nacional del presidente, que se emitirá en todas las cadenas.

Es un recordatorio del discurso semanal que se emitirá esta noche. Hace dos semanas, el visionado de los discursos del presidente se estableció como obligatorio. Se interrumpe

el resto de la programación de radio o televisión. Internet deja de funcionar. El texto del discurso aparece en los móviles. Técnicamente, supongo que podrías apagar el televisor, pero mis padres lo dejan encendido, con el volumen quitado. A mis padres les asusta mucho cometer errores.

—¿Te lo puedes creer? Se supone que estas alertas son para avisar de, no sé, niños desaparecidos, y no para anunciar los discursos de un puñado de fanáticos. —David niega con la cabeza y me aprieta la mano con más fuerza.

—Tengo que volver ya —digo—. La fogata terminará pronto. La gente volverá a sus casas. —Pienso en mi encontronazo con la señora Brown, en su mirada de recelo—. A mi madre le dará algo si me detienen.

David retrocede un paso, aprieta los dientes antes de hablar.

—¿Fogata? Dejémonos de eufemismos. Están quemando libros en el aparcamiento de la escuela. Están quemando libros, joder. Mi madre es profesora, maldita sea, y está de acuerdo con esto. Y mi padre también, los dos están...

—Lo sé —susurro—. Son los libros de mi padre. Sus poemas. —Me falla la voz y mis mejillas se cubren de lágrimas. Me las restriego con el reverso de la mano—. Están quemando sus poemas. Él hace como si no estuviera ocurriendo. Pero esas palabras son una parte de su ser. Aunque intente disimularlo, sé que esto le está matando. Y a mi madre también. A todos. ¿Es este el principio del fin?

—Esto no es el final de nada —dice David—. Y menos de lo que hay entre tú y yo.

—Ya, claro. Como si tus padres no te hubieran prohibido verme.

—Es cosa de mi padre. Se está portando como un cretino. Y mi madre le sigue la corriente. Creo que está demasiado aterrorizada como para protestar.

Una parte de mí cree que debería añadir algo, que debería decirle a David que sus padres no son tan malos. Pero no puedo. No quiero. Se callan, utilizan su silencio y sus privilegios a modo de escudo con el que protegerse.

—Lucharemos. La gente luchará contra esta situación... Ya lo están haciendo —añade David para intentar consolarme.

Sé que piensa que tiene que ser fuerte, que tiene que parecer que se cree sus propias palabras, pero pienso que en el fondo no se lo traga. Lo sé porque su sonrisa flaquea. Lo sé porque tiene el puño izquierdo apretado mientras me rodea con el brazo derecho. Asiento y le dirijo una sonrisa que no se refleja en mis ojos. Supongo que hemos llegado a un punto en que aceptamos las mentiras que nos contamos el uno al otro y a nosotros mismos. Es una de las maneras que tenemos de sobrevivir al día a día sin perder la cordura.

Al menos, esto no es una farsa. Me acurruco sobre el pecho de David y él me besa en la coronilla.

Cuando empezamos a salir, pensé que sería un poco raro enrollarse con un amigo, alguien que me conocía desde hacía tanto tiempo. La primera vez que atravesamos las puertas del colegio y recorrimos el pasillo cogidos de la mano, la mía sudaba tanto que no paraba de resbalarse de la de David. Él me la agarró más fuerte, entrelazando nuestros dedos. Me besó en la frente cuando me dejó junto a mi taquilla. Fue un gesto espontáneo. Natural. Tierno. Como si David supiera que nuestro destino era acabar juntos.

Se oye un crujido al otro lado de la ventana. Levantamos de golpe la cabeza. Un brillante haz de luz LED se desliza de un lado a otro del césped. David se lleva un dedo a los labios. No me muevo. No puedo. El corazón me late con fuerza en el pecho.

Al cabo de una eternidad, la luz se apaga.

—Tienes que volver a casa —me susurra David—. Te acompañaré.

—No. Es demasiado peligroso.

—Es más peligroso para ti.

Miro el reloj. Pasan diecisiete minutos del toque de queda. ¿En qué estaba pensando?

Nos cogemos de la mano y nos acercamos de puntillas a la puerta, la abrimos lentamente. David se asoma primero, luego me susurra:

—Todo va bien. No hay nadie.

Inspiro hondo y salgo. Ha faltado poco. Muy poco. Ha sido una estupidez. Un momento perfecto, pero imprudente.

Corremos por el jardín, se percibe un olor penetrante a quemado en el ambiente. Sobre los tejados de las casas todavía se eleva una columna de humo que cada vez es más alta. Voluntades negruzcas de palabras, ideas y emociones, un *qurbani* calcinado que se eleva hacia los cielos en busca de aceptación. No sé si las lágrimas que se agolpan en mis ojos se deberán al humo o a la tristeza.

—¡Alto! —grita alguien por detrás de nosotros, con una voz que suena como el papel de lija, mientras inunda la oscuridad con una luz implacable. Seguimos corriendo, ahora más deprisa.

—¡Vete! —me grita David mientras reduce el paso para darse la vuelta, soltándome la mano durante el proceso.

Me detengo, estoy a punto de tropezar y caerme.

—No puedo abandonarte.

David me empuja hacia la oscuridad.

—No es a mí a quien quieren. ¡Corre!



CAPÍTULO 2

Las lágrimas me ciegan mientras corro hacia mi casa. Cuando me aproximo al jardín, me doy cuenta de que tal vez haya logrado dejar atrás a la persona que nos estaba persiguiendo, pero, por muy rápido que corra, no podré escapar de esta nueva realidad compuesta por toques de queda, encuentros clandestinos y cenizas flotando en el ambiente.

Irrumpo por la puerta principal, luego me apresuro a cerrarla. Estoy jadeando, tengo el corazón desbocado, me seco las lágrimas con la manga. Me horroriza pensar que a David le haya podido capturar la persona que empuñaba esa linterna en la oscuridad. Recibo el impacto del olor a cebolla frita y *adrak lehsan*. El aroma del hogar yuxtapuesto al olor sudoroso y jadeante de la desesperación y al regusto a herrumbre en la boca.

Mis padres salen corriendo de la cocina. Mi madre se queda boquiabierta. Palidece y se frota los ojos, en un intento claro por borrar este momento. Se apoya sobre la mesita de madera de arce que hay en el vestíbulo, el primer hallazgo de mis padres como pareja en un mercadillo callejero, años antes de que yo naciera.

Mi padre tiene el típico aspecto de profesor. Delgado pero no fibroso, con un pelo ondulado que siempre parece un poco

despeinado, de color castaño oscuro y salpicado de canas, con unas gafas de montura negra de plástico que prefiere a las lenti-llas. Se las quita y se frota las pequeñas marquitas rojas que se le forman a ambos lados de la nariz. Siempre repite ese gesto cuando reflexiona sobre algo importante o que le preocupa.

—Layla —dice—, explícate. ¿Has estado fuera? ¿Ahora? ¿De noche?

Lo dice con firmeza, pero sin gritar. Mi padre no es de los que levantan la voz. Rara vez lo hace, ni siquiera cuando me lo merezco. Y está claro que este es uno de esos momentos.

La voz de mi madre, sin embargo, es menos contenida que la de mi padre, como siempre. No espera a que le dé una respuesta.

—Se suponía que estabas en tu cuarto. Ya ha empezado el toque de queda. ¿En qué estabas pensando? No puedo creer que hayas hecho una tontería como esa. ¿Sabes lo que podría haber pasado?

Mamá niega con la cabeza, apretando los dientes, con un destello de rabia y miedo en los ojos. Los tiene de un color castaño más claro que el mío, con toques verdosos y avellana-dos, que según ella son la prueba de que tiene sangre pastún.

A mi madre se le quiebra la voz porque todos sabemos lo que podría haber pasado. Corren rumores de musulmanes que han desaparecido. Musulmanes como nosotros, que res-pondieron con sinceridad en el censo cuando les pregunta-ron por su religión. Musulmanes que se negaron a esconderse.

Me quedo mirando mis desgastadas Converse All-Star grises, mientras intento quitarme la tierra de una de sus estro-peadas puntas con la otra.

—Layla, responde a tu madre —dice papá. «Madre». Pue-de que no grite, pero cuando se cabrea de verdad utiliza esos apelativos formales.

Le respondo, pero mi voz apenas llega a ser un susurro:

—Estaba con David.

—¿Con David? ¿Has infringido el toque de queda para ver a David? ¿Estás loca?

Mi madre se da la vuelta, se detiene, después se dirige a la habitación principal de la casa, un salón que desemboca en un invernadero situado en la parte de atrás. Se deja caer sobre un sofá de dos plazas de color crema adornado con botones de tela de muchos colores y se queda mirando a la chimenea. Mi madre es como yo; sé que sus conexiones sinápticas deben de estar a pleno rendimiento, pero lleva practicando la meditación durante años. Dice que es el único modo que ha encontrado de serenar su mente. Sin decir nada, se lleva una mano a la nuca para deshacer el moño que se hace cuando cocina. Su cabello oscuro, acentuado por algún que otro mechón gris, se despliega sobre su rostro, ocultándolo de mi vista. Se pone a toquetear su brazaete *tasbih* de palisandro. No me hace falta verle los labios para saber que está entonando una oración.

—*Beta* —dice papá, empleando la palabra en urdu para decir «hija». Si «madre» y «padre» son indicios de cuándo está enfadado, «*beta*» es su muestra de cariño más palpable—. Ya sé que esto te resulta duro, pero tienes que entender que David no afrontará las mismas consecuencias que tú. No puedes correr estos riesgos. Tu madre y yo tememos por ti.

—Lo sé. Yo también tengo miedo. Pero David es la única porción de normalidad que me queda. Por favor, no me obliguéis a renunciar a eso.

Mi padre pone una mueca, como si mis palabras le hubieran afectado. Agacha la mirada hacia las zapatillas *khussa* de cuero tostado, típicas de la India, que siempre utiliza en casa. Parece como si las estuviera sopesando, como si las llevara puestas por primera y no por enésima vez. Aunque ya no va a

trabajar, aún lleva puesto su uniforme de enseñanza: jersey de pico azul marino y vaqueros.

—*Beta*, no puedes volver a salir tan pegada al toque de queda. Es demasiado peligroso. Sabemos que parece que es como estar en prisión, pero es por tu seguridad. No hay discusión que valga.

Papá se enorgullece de ser ecuánime, incluso cuando está enfadado. Ahora, mientras me mira, es como contemplar mis propios ojos, grandes y de color castaño oscuro.

Asiento como si estuviera de acuerdo, aunque no es así, pero necesito poner fin a esta conversación porque tengo que escribir cuanto antes a David para comprobar que está bien. No sé si papá me cree, pero acepta mi ademán como un gesto de aceptación. Otra farsa. Más mentiras que nos contamos porque es imposible asimilar toda la realidad de golpe. Me lanza una sonrisa adusta y regresa junto a mi madre.

Me dirijo al pie de las escaleras y me siento. Me saco el móvil del bolsillo. Tengo que decirle a David que he llegado a casa, que estoy bien. Seguramente estará preocupadísimo, igual que yo por él.

¿Quieres saber una cosa que no es una farsa? La vigilancia. Puede que cometa imprudencias, puede que me arriesgue a que me arresten después del toque de queda por ir a ver a mi novio, pero no soy tan tonta como para enviar un mensaje corriente. Utilizamos la *app* Signal para que nuestros mensajes estén encriptados.

YO: Estoy en casa. ¿Estás bien?

DAVID: Sí. Era Jim.

YO: ¿Tu vecino? ¿Y qué narices hacía?

DAVID: Es de la Alianza Patriótica.

YO: ¿Qué rayos es eso?

DAVID: Supongo que una nueva iniciativa para mantenernos «a salvo».

YO: Ya. «A salvo» de gente como yo. Espera. Son los mismos que usan la PatriotAPP para delatar a sus vecinos, ¿verdad? Capullos.

DAVID: Jim no vio que eras tú. Le dije que era Ashley. Que corrimos porque nos asustó la luz de la linterna, que pensamos que era un asesino en serie o algo así. Creo que se lo tragó. Me dio una palmadita en la espalda. Fue repugnante.

YO: ¿Y ella te respaldará?

DAVID: Más le vale. Ahora es mi compañera de laboratorio, así que, como no lo haga, sabotearé todos los experimentos.

Se me forma una bola de fuego en el pecho. Estaba claro que le iban a asignar un nuevo compañero de laboratorio después de que yo dejara el instituto. Estaba claro que su vida seguiría su curso. Me pongo muy celosa al pensar que Ashley (la dulce y apacible Ashley) podrá sentarse junto a David durante una hora entera de clase sin tener que arriesgar nada. Me entran ganas de tirar el móvil al suelo, pisotearlo y dejarlo convertido en un amasijo de esquirlas de metal y cristal. Pero ¿de qué sirve quejarse de lo injusta que es la vida? Siempre ha sido

injusta para alguien, en alguna parte. Ahora, al parecer, me ha tocado a mí.

DAVID: ¿Layla?

YO: Dime.

DAVID: Te quiero.

YO: Lo sé. ❤️

DAVID: Mañana, si puedo, me pasaré después de clase.
¿Vale? Dulces sueños. 🥰🥰🥰

YO: 🥰❤️❤️

Esto es lo que me gustaría escribir: 💔

Cuando levanto la cabeza del móvil, veo que mis padres se han metido en la cocina. Oigo cómo sacan platos de la alacena para poner la mesa. Corro al piso de arriba para dejar el móvil. En casa de los Amin no están permitidos durante la cena.

Regreso a toda prisa y veo que mis padres ya están sentados en el comedor. Ocupo mi silla de siempre, la de *tweed* gris adaptada perfectamente a la forma de mi cuerpo. Nadie dice nada. Papá me sostiene la mirada durante unos segundos, pero mamá no levanta la cabeza. Ella tiene la mecha más corta y las llamas de su ira tardan más tiempo en extinguirse. Mis padres tienen sus diferencias, pero casi siempre presentan un frente común. Lo descubrí cuando era pequeña e intentaba enfrentarlos entre sí para salirme con la mía. Nunca funcionó.

—¿Espinacas? —me pregunta mamá. Todavía noto cierta dureza en su voz, pero se nota que está intentando suavizarla.

—No, gracias —respondo.

Entonces se las ofrece a mi padre.

—Mientras no tengan demasiado ajo —responde él.

—Después de veinte años de matrimonio, creo que sé cómo te gustan las espinacas. —Mamá le sonrío y le da un cuenco humeante de *palak gosht*.

Los observo desde el otro lado de la mesa. Agarro los bajos de mi sudadera y retuerzo el tejido entre mis manos. Hace un rato entré corriendo por la puerta principal, creyendo que me perseguía algún agente del Gobierno que resultó ser un dentista de mediana edad que vive en la misma calle que David. Mis padres me recibieron con cara de espanto, pero ahora están flirteando como dos tortolitos con sus espinacas.

—No entiendo cómo podéis actuar con esa normalidad —digo—. Hace nada estabais rayados porque he llegado tarde para cumplir el toque de queda, ¿y ahora os ponéis a hablar sobre ajo? Están quemando libros..., los libros de papá.

—¿Y qué quieres que hagamos, Layla? —me pregunta mi padre en voz baja—. ¿Cómo propones que detengamos a una turba?

Papá utiliza un tono de voz muy concreto cuando quiere serenarme, cuando quiere hacer que me sienta segura. Pero cuando lo escucho ahora, resulta poco convincente.

—Sé que los dos estáis demasiado asustados como para hacer algo, como para alzar la voz, pero vuestro silencio no nos protege frente al odio.

Mamá se acerca hasta mí y me pasa un brazo por los hombros. Una parte de mí me insta a inclinarme sobre ella, pero también hay otra parte que está enfadada, así que me pongo tensa al sentir su roce. Ella se aparta e inspira hondo.

—Pues claro que queremos hacer algo. Pero si alzamos la voz, nos meterán en la cárcel. ¿Y quién cuidará de ti entonces?

Por un momento, me avergüenzo por hacer que se sientan culpables. Pero aparto ese sentimiento porque, cuanto más lo pienso, mayor es la rabia que fluye por mis venas.

—No podemos ignorar lo que está haciendo el Gobierno, lo que le están obligando a hacer a la gente. Han despedido a papá. Tenemos toques de queda. —Niego con la cabeza—. Estáis demasiado ocupados hablando de espinacas y ajo como para plantar cara. Haced algo. Lo que sea.

—*Beta* —dice mi padre—, no somos ajenos a la realidad. No nos estamos escondiendo. No negamos nuestra identidad cuando tuvimos la ocasión, ¿verdad? Si no recuerdo mal, cuando titubeé, cuando pregunté si deberíamos mentir, tu madre y tú os mantuvisteis firmes. Y teníais razón. Respondimos al censo con honestidad. Somos musulmanes. Somos estadounidenses. Y seguiremos con nuestras vidas, conscientes de que esas dos identidades no son excluyentes entre sí.

—Pues tal vez deberíamos haber mentido en ese estúpido censo. Quizá sea una tontería aferrarte a tus principios cuando tus creencias pueden meterte en líos —les digo—. Hubo gente que mintió. ¿Sara y Aidan? Ahora están en Londres, lejos de todo este embrollo, porque marcaron la casilla de «ateo» en lugar de la de «musulmán». Así de fácil.

Mis padres se miran. Mi madre apoya una mano sobre la mía.

—Sé que ya lo hemos discutido antes, pero tu padre y yo estamos seguros de esto ahora más que nunca. No negaremos quiénes somos. No mentiremos sobre nuestra identidad. Los musulmanes llevan en este país desde que trajeron a los primeros esclavos. ¿Te imaginas lo que tuvieron que pasar para mantenerse fieles al islam? ¿Lo que tuvieron que soportar?

Sus ojos se cubren de lágrimas. Me doy la vuelta hacia mi padre.

—¿Recuerdas lo que dijiste hace tiempo? ¿Sobre la *taqiyya*? ¿Qué pasa con lo de vivir para orar otro día? Tal vez tuvieras razón.

Mi padre suspira y niega con la cabeza.

—Lo dije por miedo, *beta*, movido por el instinto de protegeros a tu madre y a ti. Y claro que quiero protegeros, pero me avergüenza haber llegado a pensar, aunque fuera por un instante, que esconder lo que somos habría sido la solución. La *taqiyya*, ocultar nuestra religión, es excusable, pero solo bajo condiciones extremas. Solo para salvar la vida. Y el censo no era una situación de vida o muerte. Piensa en Hazrat Summayah. Si ella no escondió su fe, sería inaceptable que lo hiciéramos nosotros.

—¿La torturaron y la empalaron! A mí eso me parecen condiciones extremas, ¿no crees?

Hago una pausa, esperando a que mis padres expresen su desacuerdo, pero se limitan a cruzar una mirada triste. Suspiro y continúo:

—Entiendo lo que decís. No podemos borrar lo que somos. Pero mirad lo que le pasó a Nabra, y a esos estudiantes musulmanes de Chapel Hill, y a ese neoyorquino de setenta años al que le dieron una paliza de muerte después de que dos tipos le preguntaran si era musulmán. ¿Y qué hay de esas mezquitas que incendiaron en Texas y en Seattle? ¿Os acordáis de esos panfletos del «Día de castigar a un musulmán» que empezaron a aparecer misteriosamente por Chicago y Detroit? ¿No creéis que deberíamos protegernos? Miradnos. Nos están asfixiando.

Mis palabras son como cuchillos que hieren a mis padres. El rostro de papá se ensombrece. Mamá regresa a su silla, con los puños apretados.

—Tomamos una decisión, Layla. Y fue la correcta. ¿Qué crees que vamos a conseguir rebatiéndola ahora? Lo hecho, hecho está.

—Haremos todo cuanto esté en nuestras manos para protegerte, *beta* —dice papá, agarrando suavemente las manos de mi madre. Ella afloja los puños para devolverle el gesto—. Pero no podemos vivir una mentira. Además, todo el mundo de esta ciudad y del campus sabe quiénes somos... Al fin y al cabo, cada año albergamos la *iftar* interconfesional...

—Albergábamos —interrumpo—. En pasado. Eso se acabó después de las elecciones, ¿no es cierto?

Mi padre prosigue, sin perder el hilo:

—Tenemos la obligación ética y moral de decir la verdad.

Buena parte de la poesía de mi padre está dedicada a encontrar la verdad en las pequeñas cosas. Es lógico que crea en esto. En cuanto a mi madre, toda su labor quiropráctica se basa en una visión holística y saludable de la vida. Vale, mi padre dice de ella que tiene una personalidad explosiva. Pero su amor también es intenso, y las mentiras y el engaño no tienen cabida en su visión del mundo. Los dos, a su manera, ansían ver el lado bueno del mundo y de la gente.

Durante las elecciones, con la paranoia, la islamofobia y el aislacionismo como temas predominantes, mis padres se aferraron a esa esperanza. Durante los debates de las primarias, cuando el ahora presidente dijo en la televisión nacional que había motivos y precedentes para crear un registro de musulmanes, mis padres, al igual que muchos otros, lo desestimaron como una simple artimaña para sembrar la alarma, como una estrategia para enardecer a sus votantes. Se aferraron a su creencia en los ideales estadounidenses de igualdad y libertad de credo, incluso cuando oyeron decir a nuestros líderes que los hombres que se congregaban alrededor de las estatuas de la Confederación con el brazo en alto para realizar el saludo nazi eran «buena gente». Cuando los políticos aprovecharon un ataque a un club nocturno francés para alertar so-

bre la siniestra *sharía* y sobre células latentes en territorio estadounidense, cuando las encuestas comenzaron a inclinarse a favor del registro y la expulsión de los musulmanes, muchos dijimos: «Eso no puede pasar aquí».

La cuestión es que la mitad del país no se volvió islamófo-
ba de repente, a causa de un suceso concreto. Pero las mentiras, la insistencia en tachar a los refugiados de violadores y criminales, las noticias falsas, las estadísticas manipuladas... Todo eso concedió a esas personas de bien, que aseguran no ser fanáticas, una excusa para votar a un hombre que tuiteaba su odio contra nosotros casi a diario. Entre mensajes velados, pañuelos arrancados de la cabeza de las mujeres, mezquitas pintarrajeadas con esvásticas y musulmanes desaparecidos, mientras pasaba todo eso, mis padres rezaron y tuvieron fe en que la situación mejoraría. Da la impresión de que la llama de su esperanza es inagotable.

Pero a mí no me pasa igual.

Me levanto y llevo mi plato a la cocina. Se me ha quitado el hambre. Dejo a mis padres con sus oraciones y sus esperanzas.



NO HAY REBELIÓN SIN ESPERANZA

Hace doce meses que Layla Amin y su familia están inscritos en el registro. Hace cinco que el caso Korematsu contra Estados Unidos sentaba precedente para la reubicación de ciudadanos en tiempos de guerra. Y hace un mes que los musulmanes fueron declarados «una amenaza para el país».

Ahora, Layla y sus padres son arrancados de su hogar sin previo aviso y trasladados a un campo de internamiento para musulmanes estadounidenses.

Con la ayuda de nuevos amigos, atrapados también en el centro de detención, la de su novio desde el exterior, y una alianza inesperada, Layla emprende una aventura para luchar por la libertad.

«Una de las novelas juveniles más esperadas del año».
Publishers Weekly

5500002

ISBN 978-84-18027-02-4



9 788418 027024

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es